

UNA COMPRENSIÓN HOLÍSTICA DEL FENÓMENO DE LA VIOLENCIA JUVENIL

JOSÉ MIGUEL SÁNCHEZ CÁMARA

LICENCIADO EN PSICOLOGÍA. ESTUDIOS DE DOCTORADO EN PREVENCIÓN DE COMPORTAMIENTOS JUVENILES DE RIESGO.

COORDINADOR DEL ÁREA DE EDUCACIÓN DE LA ESCUELA ESPAÑOLA DE DESARROLLO TRANSPERSONAL (EEDT), MADRID.

“Convertir en ideal la persecución del bien, es como querer desembarazarse de la izquierda doblando constantemente a la derecha, un camino en círculos”.

Alan W. Watts

¿Qué emociones inundan a los educadores, incluidos los padres, cuando con esfuerzo tratan de inculcar valores de paz, solidaridad y compañerismo a aquellos jóvenes que parecen no conocer este florido lenguaje en su forma de relacionarse?

Cuando un educador aborda la tarea de educar a jóvenes que cometen actos de violencia contra otros jóvenes, se puede enfrentar con frecuencia a la inquietud de tener que afrontar la gestión de sus propios sentimientos de ira y rabia contenida, que por lo general no saben ser elaborados.

Para muchos jóvenes, parece que es la forma más “normal” de expresarse, y de ganarse cierto respeto en el grupo de iguales a través de su actitud confrontativa. En el mundo adolescente varonil, los blanditos se quedan a menudo fuera de las principales fuentes de refuerzo social entre sus pares: estatus, credibilidad, poder de atracción... En la lucha permanente por construir una frágil identidad personal, tratan de sobrevivir en una verdadera jungla emocional.

A menudo se aferran a frágiles identidades sociales con su pandilla, para sentir una identidad donde refugiarse. La educación transpersonal propone dotarles de estrategias para potenciar precisamente lo que andan buscando, seguridad y fuerza, de forma prioritaria, ante aquellos otros grandes valores que probablemente sólo sean significativos para una población adulta, culta y refinada, que expresa con grandes palabras sus más bellas intenciones universalistas.

Los enfoques educativos predominantes, a pesar de su enorme interés práctico, tienden a reducir la intervención al plano de los pensamientos y de la acción. En estos enfoques positivistas y pragmáticos de intervención, las emociones son tratadas como “verbalizaciones”, por lo que la inquietante sensación fisiológica, sentida queda al margen de la indagación introspectiva. La inteligencia intrapersonal se ha ido desvalorizando en esta cultura de la superficialidad, y resulta difícil observar nuestros propios procesos. Juzgamos y analizamos a los demás, sin ser conscientes de que lo observado activa y resuena con el observador (paradigma cuántico).





La cuarta ola de la psicología, el enfoque transpersonal, comenzó a ser conocido a través de las manos del fundador de la psicología humanista (tercera ola) A. Maslow, tras darse cuenta de que la cúspide de su pirámide de necesidades humanas se quedaba corta; Tras las necesidades de autorrealización que le dieron renombre, descubrió necesidades de auto-trascendencia, que fueron obviadas con recelo por esta joven ciencia psicológica que había aprendido a arremeter contra la primera ola, psicoanalítica, y con todo aquello que no pudiera ser observado a través de los sentidos y del intelecto cotidiano consensuado. Aquello de que *lo esencial es invisible a los ojos quedó entonces relegado a la literatura poética.*

Si lo intrapersonal se refiere al conocimiento de cómo soy (rasgos), y lo interpersonal a cómo interaccionamos socialmente, lo transpersonal apunta a aquello que permanece estable en nuestra consciencia a través de los cambios. Propicia el reconocimiento de lo que soy de forma estable a través de mi vida: ese observador inmutable de las transformaciones que se producen en la careta de la personalidad, sometida a la experiencia, al aprendizaje y a la ensalada genética de cada uno.

Un espacio de libertad en el que puedo sentir la pura experiencia de ser. Un espacio de quietud que me permite observar una realidad menos teñida por componentes subjetivos proyectados. Del intelectualista “pienso, luego existo” cartesiano, recuperamos y actualizamos el paradigma atemporal del “soy eso”. Entre los principales representantes actuales de esta cuarta ola de la psicología, contamos con Ken Wilber (2004), John Welwood (2002) y en España José María Doria (2004).

Este enfoque transpersonal, por tanto, resuelve la histórica pelea entre psicologías al dar su lugar a cada enfoque parcial, correspondiendo a los diferentes niveles de conciencia que expresa el ser humano. Cada psicología, desde esta visión, ha surgido en relación a un determinado nivel de conciencia y por tanto, son complementarias (Wilber, 2004). El paradigma transpersonal ha sido aplicado conceptualmente a la educación holística por Ana M^a González Garza (2009).

La Escuela Española de Desarrollo Transpersonal (www.escuelatranspersonal.com) cuenta con un programa de formación en Educación Transpersonal, que propicia un proceso de reeducación vivencial on line en comunidades de aprendizaje formadas por padres, profesores, educadores, facilitadores de grupos y personas con vocación de autodescubrimiento. Detallaremos aquí la visión de este enfoque educativo transpersonal, a la hora de abordar situaciones de violencia en las que se ven implicados los jóvenes actualmente.

Parece importante para comenzar, proceder a desmontar esa lucha fratricida que ha teñido los presupuestos de partida de la intervención social ¿Hasta cuándo vamos a seguir tratando de cambiar cualquier comportamiento, en medio del rencor y la rivalidad que existente entre escuelas? Prevenir la violencia, en medio de la disputa intelectual que suele anidar en los equipos interdisciplinares, resulta algo parecido a tratar de limpiar barro teniendo las manos empujadas sin saberlo. Nos sorprende una y otra vez la autoafirmación agresiva de los adolescentes y jóvenes con los que trabajamos, pero rara vez somos capaces de reconocerla como espejo de aquella que nosotros mismos sentimos en estos frustrantes entornos educativos. Tanto más cuando no cumplimos los objetivos de cambio que nos imponemos.

¿Qué sucede cuando comenzamos a observar a estos jóvenes como espejos de aspectos no reconocidos en nosotros mismos, en lugar de seres de un mundo ajeno al nuestro, teñidos de agresividad y malicia?

Hacerse adulto significa adaptarse a ciertas convenciones sociales. Se renuncia entonces a la utopía adolescente, a la capacidad de soñar mundos imaginarios. Supone pasar por la ducha fría de esta construcción social a la que llamamos “cruda realidad”. Una ducha fría en la que tiritamos de resignación, y frustración de expectativas mal asimiladas. Quizás posos del rencor de vivir una vida cuando no es la que fue soñada.

No confundamos la resignación con la aceptación de lo que hay. A esta última se accede primero tratando de hacer algo por cambiar la realidad, por tratar de ser más felices y hacer más felices a los que queremos. Es necesaria por tanto la pasión en el intento de superación de los obstáculos en los caminos emprendidos en los diferentes contextos educativos, para que surja un anhelo por algo más estable y verdadero. Cada piedra en el camino nos hará más sabios si tenemos la capacidad de aprender, esto es, de mirar hacia el interior y ver qué me pasa a mí, en lugar de engancharme con intentos egoicos de tratar de cambiar a los demás.

¿Qué me impide ser feliz cuando suceden estas frustrantes y duras intervenciones educativas? La escurridiza felicidad parece que es el resultado de un permiso que uno se da cuando suelta la necesidad de controlar, cuando esta adquiere al menos un carácter secundario y funcional. ¿Desde dónde puede surgir una firmeza efectiva, justa y amable en nuestro acompañamiento educativo? De forma sorprendente descubrimos que justo allí donde no queremos mirar: en el propio ojo del huracán. Como veremos, precisamente en la ira que no somos capaces de reconocer ni gestionar dentro de nosotros mismos.

UNA IMAGEN ESPECULAR DE LA VIOLENCIA JUVENIL EXOGRUPAL

Vamos a usar este espejo que son los jóvenes para ver qué nos cuentan de nosotros mismos. El mecanismo de proyección descubierto por C.G. Jung conocido como la sombra personal, nos dice que cuando Juan nos habla de Pedro, nos habla en realidad más de sí mismo que de Pedro. ¿Qué resuena en nosotros en esta descripción?

Los jóvenes parecen buscar en el calor del grupo de amigos la aprobación y admiración que parecen faltarles en los que fueron sus principales fuentes de socialización: familia y colegio. Las conclusiones finales de potentes estudios factoriales multivariantes y cualitativos realizados en la UAM por el equipo de psicología social comunitaria (Martín, A. y cols., 1998), con el que he colaborado estrechamente, reflejan un interesante patrón de ambivalencia en los educadores de referencia de estos jóvenes.

Los chicos más violentos parecen provenir de familias donde se alternan de forma inconsistente pautas de rigidez autoritaria con una extrema permisividad. Traducido en un lenguaje que podamos comprender más fácilmente, parecen ser padres que han querido mostrar su amor a los hijos dejándoles hacer todo aquello que ellos quisieron poder hacer en su propia adolescencia, y que reaccionan de forma agresiva y autoritaria cuando el conflicto escapa a su control. Se imponen castigos desproporcionados e imposibles de cumplir, no contingentes, y que al cabo de unas horas o días acaban quedando en el olvido. La confusión, la culpa y la sensación de no ser buen padre abundan aquí, lo que termina de socavar la autoridad de unos padres dependientes de la aceptación y perdón de sus hijos. La inconsistencia de los castigos, que dejan de ser creíbles en sus amenazas, hace el resto.

Sin embargo, en su momento estos padres seguramente pensaron que con esa educación más libre sus hijos serían así más felices que ellos. ¿Somos capaces de ver estas buenas intenciones, o nos asaltan prejuicios sobre su vago “dejar hacer” y su “ausencia de límites”, que señala a estos padres como el origen del mal? Una dinámica que comienza a volverse contra ellos mismos. La violencia juvenil adquiere una nueva dimensión al dirigirse contra los referentes que han perdido toda autoridad y credibilidad comunicativa.

Por otra parte, aquellos jóvenes que etiquetamos como “violentos” no siempre se comportan de esta forma. De vez en cuando expresan su ira de forma violenta, algo que no se permite hacer el resto. La violencia está siendo más y más condenada, y resulta inquietante cómo esto puede estar produciendo más y conciencia de que “debo de ser muy malo si pego

a alguien”. Les ayudamos entonces a autocategorizarse y autoexcluirse de lo que hoy consideramos normal.



El efecto paradójico que pueden tener campañas de sensibilización simplistas y maniqueas contra la violencia, ampliaría así la inconsciencia y la sombra personal sobre nuestra propia agresividad, que pasamos a mostrar sin darnos cuenta: “yo no soy como ellos”. ¿Cuánta agresividad desplegamos a la hora de defender a las víctimas? Acabamos enredados en la espiral de violencia si dejamos de observarnos en el mapa global del fenómeno. El primer paso para acercarse a un joven “violento”, es acercarse a él como un joven más. Un ser humano: lo que en realidad es.

¿Nos atrevemos a ver la realidad desde los ojos de estos jóvenes? Me centraré ahora en aquellos que comenten actos de violencia desde la pertenencia a grupos, definidos contra otros grupos rivales. Podría interpretarse desde una visión libre de prejuicios, que estos jóvenes forman comunidades austeras, alejadas del hedonismo imperante propio de su edad. Siguen disciplinas fuertes, y de alguna manera se respira un ambiente iniciático que mantiene fuerte el vínculo y la identidad social. Según cuentan, suele prohibirse el consumo de sustancias que alteren la capacidad de responder a un ataque, como el alcohol y el cannabis. Sin embargo, no les interesa descontrolar.

La violencia intergrupala es, para sorpresa de muchos, organizada, planificada, instrumental y fría. La promesa para estos chicos es una fuente de estima grupal (que no ha mostrado correlación significativa con la autoestima, por cierto), y una seguridad que afronte el miedo con el que viven la existencia. Se busca además la experiencia hedónica del “subidón” de adrenalina que se experimenta en el combate cuerpo a cuerpo. Jugar a que la vida está en riesgo por unos instantes, hace que ésta cobre más intensidad emocional por un momento.

Resulta interesante aquí rescatar que antiguamente en la India, algunas pequeñas comunidades espirituales en las que se veneraba al dios Shiva en su faceta de destructor del universo (como símbolo del proceso de transformación interior), algunos ascetas tenían como requisito para entrar en la comunidad matar a un sacerdote o brahman. De esta forma rompían los lazos con el mundo convencional, y propiciaban así un profundo camino meditativo. La agresión hacia uno mismo o hacia otros grupos ha tenido un fuerte componente espiritual en numerosas tradiciones religiosas.

Desde una visión transcultural, parece que hay algo de



orden monacal distorsionado en estos grupos violentos, cuya conciencia grupal se mantiene a través del odio impuesto al exogrupo, y que propicia la excusa perfecta para el verdadero objetivo velado: obtener una fuerte sensación de soporte y cohesión grupal. Si podemos limpiar nuestras gafas, sin ningún ánimo de justificarles, veremos que en realidad les une un anhelo de comunión y amistad. Estos sentimientos afectivos, se esconden bajo una masculinidad que exagera la expresión de la agresividad.

Las necesidades desatendidas en estos jóvenes violentos, desde una perspectiva holística son: la falta de respeto y reconocimiento a lo que son por el hecho de ser, por parte de sus referentes adultos, carencia de afecto y vinculación segura en sus familias, límites confusos (que tanta seguridad dan, y tanta ansiedad generan cuando desaparecen) y la ausencia de una vocación laboral.

Al cubrirse en mayor o menor medida estas necesidades, la violencia intergrupal desaparece con la edad: como efecto de encontrar una pareja que cubra el sentimiento de abandono emocional, y/o a través de un primer trabajo que les lleve a encontrar un entorno normativo seguro, que proporcione recursos económicos propios y cierto sentido vital.

A veces, el estricto juego de amenaza territorial, calculado cual guerra fría, se calienta en virtud de algún desaire amoroso. Por eso las chicas aparecen relegadas a un segundo plano en estos grupos, mayoritariamente constituidos por chicos... asumiendo éstas a veces una arquetípica versión actualizada de Helena de Troya. Suele ser la pasión afectiva la que lleva finalmente a cometer los actos de violencia más dañina, así como las traiciones a la lealtad al grupo.

De forma más frecuente, se eligen víctimas indefensas para dar sentido a la expresión de la fortaleza grupal. La agresión entonces es instrumental para el grupo y calcu-

CUANDO UN EDUCADOR ABORDA LA TAREA DE EDUCAR A JÓVENES QUE COMETEN ACTOS DE VIOLENCIA CONTRA OTROS JÓVENES, SE PUEDE ENFRENTAR CON FRECUENCIA A LA INQUIETUD DE TENER QUE AFRONTAR LA GESTIÓN DE SUS PROPIOS SENTIMIENTOS DE IRA Y RABIA CONTENIDA, QUE POR LO GENERAL NO SABEN SER ELABORADOS

Una vez más, una lupa de aumento en la que observar la constitución de la masculinidad en nuestra cultura adulta de referencia. Nos impresionaría ver cómo muchos de ellos se derrumban llorando en entrevistas de investigación por la culpabilidad que sienten cuando encuentran un espacio libre de juicio que les acoja.

Rompiendo el mito de la violencia asociada a patrones socioeconómicos, la hipótesis de frustración social, muchos de ellos pertenecen a familias con recursos, o reciben un importante esfuerzo económico por parte de las menos favorecidas. Parece que cada vez más, estos jóvenes tienen “de todo”, excepto quizás lo más fundamental.

lada, y no suele terminar de forma trágica, a no ser que se vaya de las manos. Suele recaer como bulling, precisamente en aquellos chicos que más tragan su propia ira, forzándose en dar una imagen buena y aceptable.

UN CAMBIO EN NUESTRA MIRADA HACIA LOS JÓVENES QUE REALIZAN ACCIONES VIOLENTAS

Las desastrosas consecuencias de la violencia, por fortuna puntuales cuando suceden, movilizan a la sociedad y hacen que cíclicamente se cuestione ¿Qué está pasando con los jóvenes? Esperamos, ante la falta de respuestas, a que la madurez sobrevenga con la edad, y que el tiempo lo cure todo, y pase la enfermedad de la adolescencia.

Muchos adolescentes relatan sentirse encerrados tanto en casa como en el aula, sometidos a una batería de condicionamientos operantes que les empujan a la exclusión de una u otra forma, y que les sella figuradamente en la frente la marca de Caín, a través de cada vez más frecuentes etiquetas diagnósticas.

Un enfoque holístico lleva a tomar en cuenta por tanto la dimensión puramente emocional del conflicto, más allá de las discusiones que tratan de racionalizar lo que ocurre. En su mayoría, simples narraciones prefabricadas que no llegan a propiciar ninguna toma de conciencia relevante (aquello de que los problemas se solucionan hablando, ha matado de aburrimiento a más de un educador y terapeuta).

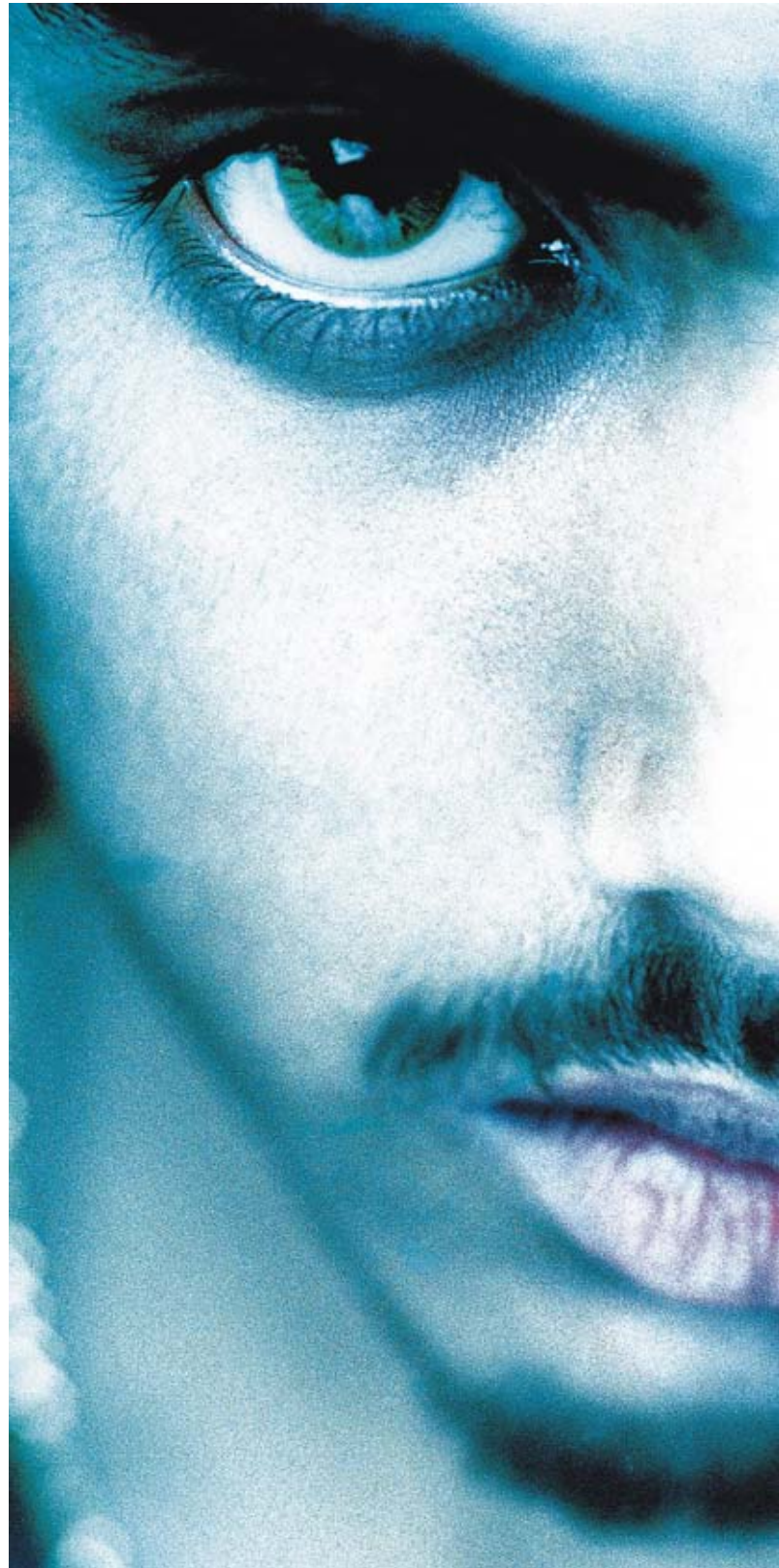
Es imprescindible salir de la conversación, una vez que el joven ha sido suficientemente escuchado y acogido. Lo determinante será aquí desde dónde uno escucha: ¿desde la intolerancia? ¿desde el prejuicio académico y la sanción social?

La educación transpersonal realiza su innovadora apuesta por la escucha libre de juicio, la cual tan sólo es posible si se escucha y se ve al otro en su más radical esencia bondadosa. En realidad, por más perversas que puedan resultar las acciones de cualquier joven en apariencia, como el resto de los mortales, a poco que se indague con cierta neutralidad se descubrirá a la búsqueda de la felicidad, el amor y la serenidad, como motores de cualquier acción. Su violencia resulta tan sólo una herramienta, un medio aprendido para tratar de conseguir estos anhelos profundos, eso sí, atajando al no tener en cuenta el cómo. Si sabemos escuchar esto entre líneas, el resto del discurso sobrará rápidamente, y entonces en la mirada del joven aparece un brillo de reconocimiento. Parecen que ellos entonces te dicen: “¡me ves!”. De aquí nace una enorme fuente de autoridad para el educador.

La educación transpersonal aparece en el horizonte de una honda línea de investigación, no sólo científica, sino también arraigada en el conocimiento más atemporal y profundo que ha podido ofrecer el ser humano a través de la historia y las diferentes culturas. Suministra el suficiente valor al educador para saber discernir que tras la apariencia subyace una esencia común en la que descansa el ser. Un ser que nunca es corrompido por la dualidad que impone la mente, aquella que lleva a juzgar si alguien es bueno o malo por sus actos. Son las acciones las que pueden ser o no correctas, en función siempre del contexto.

RESPIRACIÓN CONSCIENTE DE LA IRA Y SU TRANSFORMACIÓN EN FIRMEZA, SERENIDAD Y ALEGRÍA.

Una vez captada esta esencia bondadosa que no tiene opuesto, comienzan o ocurren transformaciones



asombrosas, en las que puede parecer que el educador no hace nada. Tan sólo acompaña, escucha, ayuda a indagar... y en todo caso indica cómo respirar la emoción que esté presente, soportando su propia incomodidad con las emociones que resuenen en su tripa o en su corazón, y las respire con él.



Escuela Española de **Desarrollo Transpersonal**

John Welwood (2002) denomina “sensación sentida” a la activación fisiológica inespecífica de la emoción (arousal según Marañón, Schachter, Berkowitz y Russell), inspirado en las técnicas de focusing emocional. Un enfoque que se distancia del mundo de la mente, y por tanto de las asociaciones con el pasado y anticipaciones del futuro temidas, y que se centra en el aquí y ahora, en el cuerpo. Siento entonces la ira como calor, y quizás si cierro los ojos, como una luz roja que enciende mis retinas desde dentro. Puedo entonces reconocerla como ira, y nombrarla.

NUESTRA PROPUESTA, ES PRECISAMENTE LA DE PONER CONCIENCIA EN LA IRA, TRATÁNDOLA COMO UNA EMOCIÓN MÁS CON LA QUE UNO PUEDE INVESTIGAR EN SU INTERIOR, SIN HACER DAÑO A LOS DEMÁS NI A UNO MISMO

Muchos profesionales de la educación no pueden permitirse reconocer esto, ya que en esta cultura deficitaria de educación emocional es compartido que cuando uno se emociona deja de actuar de forma profesional. Hemos recibido toda una serie de directrices para inútilmente consolar el llanto con un “no llores” y el miedo con un “no tengas miedo”. Como en estas situaciones, la negación de la emoción de la ira tan sólo logra incrementarla. Evitándola la hacemos más grande, se amplifica con nuestra atención sostenida hacia ella. Alguien te dice “te has avergonzado, estás rojo”. Por lo general, esto no hace sino poner más rojo a uno, a poco que uno se avergüence de estar avergonzado. Propiciamos aquí lo contrario, permanecer presentes con la emoción, sea cual sea, en lugar de tratar de evitarla.

Se trata a través de esta práctica de soltar resistencias, y quedarse con la sensación sentida, inofensiva, una vez que la activación toma su lugar en nuestro cuerpo. Usamos el intelecto para dar un nombre a esta activa-

ción, y así responsabilizarnos de su gestión. Una vez hecho esto, llevamos el enfoque de nuestra atención con más conciencia al cuerpo.

En la mitología hindú, el dios Shiva acaba por poner en riesgo su vida a través de su propia consorte, Kali, que luchando contra los demonios, llena de ira, acaba confundiendo a su esposo con uno de ellos. Con su pie ya en el cuello de Shiva, en el último instante le reconoce y cesa su acción violenta. Una manera de ejemplificar cómo la ira destructiva se acaba volviendo contra uno mismo cuando no está presente la conciencia.

Nuestra propuesta, siguiendo un simbolismo similar, es precisamente la de poner conciencia en la ira, tratándola como una emoción más con la que uno puede investigar en su interior, sin hacer daño a los demás ni a uno mismo.

Ya que tenemos dentro una olla a presión de ira, hagamos un buen guiso con lo que hay. Antes de tratar de expresarla hacia el exterior conductualmente (el paradigma de la catarsis, que tanto se sigue usando, a pesar de que la Psicología Social desde hace años, ha llegado a cuestionar si esto lleva a reforzar pautas de expresión agresiva) uno cierra los ojos para interiorizarse y soportar estar junto a la sensación sentida en el cuerpo, respirándola profundamente.

Soportando la necesidad de que la emoción salga hacia el exterior, nos convertimos en observadores de la localización y del movimiento de la emoción en el cuerpo. Tras unos minutos respirando, y aguantando la tentación de tratar de evitar el malestar haciendo algo o negando la emoción, vemos que la naturaleza de esa emoción se transforma y pasa a otro estado.

Por lo general la ira surge tras una frustración, según la hipótesis clásica de Dollard, que se mantiene en el tiempo, y tiende a transferirse a otras situaciones (Zillmann). La sensación de impotencia, de que uno deseaba algo diferente a lo que hay. Si no se vive desde la resignación (tragarse la ira, que tiende a instalarse psicosomáticamente en algún lugar del cuerpo), tiende a producirse el estallido externo cólico. Un intento desde la ignorancia de recuperar el poder interior que parece haberse perdido.

La investigación transpersonal aporta algo enormemente brillante y clarificador al respecto, a lo que llega a llamar “al química emocional” (Welwood, 2002). En el corazón de cualquier emoción, incluida la ira,

hay una puerta de acceso a una realidad más honda, libre de la mente y por lo tanto del tiempo y de los cambios de humor. Una fuente estable de serenidad interna, donde la ira se transforma inteligentemente en la firmeza que nos confiere autoridad como educadores, y que puede acompañar el sentido de la vida de los jóvenes que reflejan comportamientos violentos. Precisamente la seguridad y la fuerza que estos jóvenes buscan a través de su conducta. Les ofrecemos una alternativa apetecible, en lugar de una imagen idealizada por el educador de “niño bueno”, que sin duda podría traerles consecuencias directas negativas en su entorno más próximo.

Una manera inteligente y asertiva de decir “hasta aquí” o “esto no es para mí”, entre otros múltiples mensajes que surgen si hacemos un espacio hondo para que a través de la ira, nuestro ser exprese su mensaje más inteligente para nosotros en esa situación. La tripa nos dice con quién enfadarnos y en qué medida, se convierte en un radar para la orientación vital, y para dar solidez a nuestra estructura personal.

Sin embargo, detrás de esta necesaria discriminación, interesante para manejarnos con soltura en la vida, descubrimos un espacio amplio de Bondad en nosotros mismos, y en lo que sucede en todo momento. Entonces el camino educativo comienza a vivirse con alegría, a pesar de todo. Investigando en profundidad y respirando la sensación sentida, encontramos finalmente la conexión con la fuente de energía vital.

Descubrimos a través de respiración, la meditación y las prácticas de atención plena que nuestra esencia está plena de amor, y que no necesitamos la aprobación y aceptación del grupo de iguales. Una vez realizado este autodescubrimiento esencial, que resuelve en silencio la eterna respuesta a ¿quién soy?, un puede liberarse al fin de los patrones agresivos heredados de una u otra forma del pasado familiar.

Podemos entonces no sentirnos incómodos con la agresividad de estos chicos. Reconocemos en ella a la ira, como patrimonio emocional de la humanidad. Respirada conscientemente, se convierte en una firmeza con la que ponemos el límite correcto y justo, con serenidad. Validamos su emoción, y es entonces cuando esta se desinfla y revela su mensaje oculto de poder interno.

Trasmitir nuestra confianza transpersonal en su bondad, que atraviesa la personalidad y el comportamiento, hace que resuene en los jóvenes su propia fuente de serenidad, y la motivación por seguir realizando las acciones más oportunas para su propósito vital. Sin duda, una buena alternativa al efímero placer de conseguir ser respetado por una máscara personal de hostilidad.

Aprendemos entonces con humildad, junto a ellos, que no siempre podemos conseguir lo que nos proponemos, y aceptamos la inteligencia de los límites que nos marca la vida. Una dimensión que aporta un significado radicalmente hondo a la “tolerancia a la frustración”. La aceptación de ella, nos lleva a ver que las cosas suceden de una manera que trasciende nuestra limitada inteligencia personal. Nos abrimos a una inteligencia transpersonal, donde se despliegan virtudes, como la paciencia.

Se abre entonces para el educador, tanto en casa como en el aula, tantos caminos como indagaciones emocionales pueda haber dentro de cada uno. El foco de atención deja de estar en los “terribles jóvenes”. Descubro mi propio abono, con el que cultivar las flores que si llegan a florecer en mi camino, sin duda sembrarán semillas en el que es acompañado. ¿Cuándo? A su debido tiempo, en la estación de la vida más adecuada. Recordamos que en el camino, educamos por lo que somos. ■

José Miguel Sánchez Cámara
educacion@escuelatranspersonal.com
www.escuelatranspersonal.com

**HACERSE ADULTO SIGNIFICA
 ADAPTARSE A CIERTAS
 CONVENCIONES SOCIALES. SE
 RENUNCIA ENTONCES A LA UTOPIA
 ADOLESCENTE, A LA CAPACIDAD
 DE SOÑAR MUNDOS IMAGINARIOS.
 SUPONE PASAR POR LA DUCHA FRÍA
 DE ESTA CONSTRUCCIÓN SOCIAL A LA
 QUE LLAMAMOS “CRUDA REALIDAD”**

